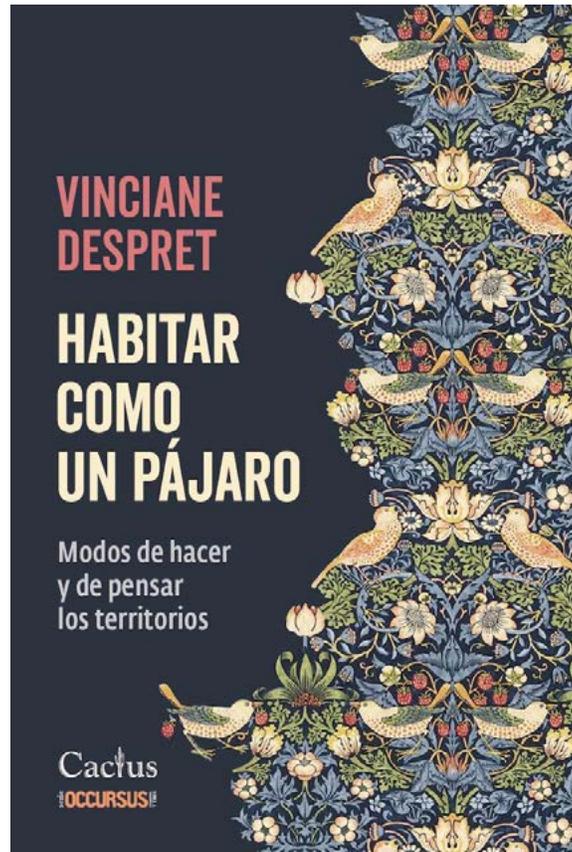


Reseña

Review Resenha



Vinciane Despret (2022). *Habitar como un pájaro: Modos de hacer y de pensar los territorios*. Cactus.

En este libro, la filósofa de la ciencia belga Vinciane Despret buscará, atendiendo a los cantos de los pájaros, una concepción sonora de los «territorios». Formada en la línea de B. Latour e I. Stengers, Despret se dedicó a la etnografía de las ciencias. A partir de 1990, junto al ornitólogo Amotz Zahavi, Despret —sin tomar a los pájaros como modelo de los comportamientos humanos— desplegó

una reflexión sobre la manera en que los diferentes trinos definen espacios y modalidades. En su opinión, podemos encontrar en ello profundas enseñanzas no solo ornitológicas, sino también filosóficas. El libro se articula a partir de «contrapuntos», siguiendo los desarrollos de G. Deleuze sobre el ritornelo, es decir, donde las marcaciones llevadas a cabo por las posturas, danzas y cantos de los

pájaros permite afirmar que «el territorio es de hecho un acto, que afecta los medios y los ritmos» (p. 94).

¿Cómo se construye un territorio?

La pista ornitológica, seguida por Despret, apunta hacia la «redundancia de los trayectos». A la manera de un ritornelo, los diversos cantos dibujan el territorio y fijan progresivamente sus límites. A la hora de definir un territorio, Despret adhiere a la definición del zoólogo estadounidense Gladwyn Kingsley Noble (1939): «El territorio es cualquier lugar defendido». Sin embargo, si bien resalta la «sobriedad» de esta definición, se aparta del lenguaje bélico y distingue la idea de «defensa» de «belicoidad». Para la mayoría de los pájaros, el territorio es un sitio de espectacularización, es el lugar a través del cual el pájaro puede ser visto y escuchado (p. 31).

A la hora de pensar la reapropiación de la Tierra, Despret recomienda «prestar atención a las maneras de habitar y a aquellos con quienes debemos habitar». En el caso de los pájaros, el territorio deviene un escenario, un «sitio de espectacularización» que les permite erguir su presencia. De este modo, señala Despret, el animal deviene apropiado por y para el espacio, en la misma medida en que se lo apropia marcándolo.

Este abordaje es deudor de la insistencia de Donna Haraway sobre la necesidad de «multiplicar los mundos», con el fin de hacer más habitable el nuestro. Despret lo traduce en «buscar cómo honrar las maneras de habitar». Ahora bien, ¿cómo hacerlo?

En primer término, se vuelve necesario «inventariar» las diversas maneras de ser y de hacer que conviven en un mismo territorio.

Del modelo ornitológico se desprende una conclusión a la que también arribaron autores como Iván Illich (iniciador del movimiento decrecentista) o André Gorz (padre de la ecología política). Siendo el territorio un lugar de nidificación, lo más prudente y económico es «limitar los desplazamientos». Solo de esta manera, y por reiteración, el espacio se vuelve familiar y —devenido territorio— tiene el mérito de aportar alimento y protección frente a la depredación. Despret señala cómo los estudios de Charles Moffat (1903) dividen las aguas. Si bien los cantos y los colores tienen valor de promoción, también lo tienen de advertencia y, de este modo, «limitan los conflictos».

Siguiendo esta pista, Despret desplegará su tesis: «junto con el territorio, entran en escena nuevas relaciones de fuerza —potencia o magia de las apariencias— capaces de operar a distancia». Por este motivo, una dimensión crucial de la vida de los animales sería la quietud: el territorio cumpliría, el rol de proporcionar un lugar de ruptura al régimen de actividad. En esta perspectiva, el territorio deviene —y de un modo bastante paradójico, habida cuenta de la agitación que puede reinar en él— un lugar donde la vida colectiva se pone en sordina: «un espacio de retiro». En este sentido, Despret cita al ornitólogo y ecologista británico Frank Fraser Darling, quien en 1937

escribe: «El conservadurismo de los hábitos, un factor de importancia para la supervivencia, tiende a restringir los movimientos a un espacio particular».

¿Con qué fin traer a colación el canto territorial de los pájaros? En definitiva, Despret hace un tiro por elevación hacia las teorías económicas centradas en la relación costo-beneficio, en las cuales el cálculo está armado de antemano: «si la densidad aumenta, el alimento disminuye; los animales solo pueden ser competidores». Sin embargo, el hecho es que —a través del territorio— los animales buscan «incorporar la presencia de otros que les resulten afines».

Habiendo llegado a este punto, Despret hace un alto: ¿Qué exige pensar el territorio? Un gesto; el intento de crear un juego diferente del habitual; es decir, aquel donde las consecuencias remiten unidireccionalmente a sus causas, donde las funciones atan demasiado sólidamente las conductas a presiones selectivas, y donde «las maneras de ser se vuelven escasas por obedecer a algunos principios». Nuevamente en sintonía con los principios del decrecimiento, todo esto quiere decir «ir más lento, dejar pasar un poco de aire y dejarse llevar por la imaginación. Salir del territorio y volver a él».

De este modo, dirá Despret, siguiendo en este caso a Gilles Deleuze: territorializar supone entrar en un agenciamiento que territorializa al que entra; uno se convierte en parte del territorio, por eso lo defiende. A veces, para llegar a este punto, se

requiere una «des-territorialización» previa que resignifique los tiempos, rectifique los ritmos y las pausas... e incluso los colores y las posturas. En el caso de los pájaros, el territorio es de hecho un acto que afecta los medios y los ritmos. Visto de esta manera, será menos una cuestión de espacio como de distancias. Si el canto de un pájaro puede verse como performance, en definitiva, es para «marcar distancias». La distancia no es tanto una medida, como «una intensidad asociada a un ritmo». Por otra parte, el territorio es donde se dan los procesos de metamorfosis. Un nuevo andar, un nuevo ritmo, una nueva expresividad puede comprometer progresivamente a gran parte del territorio. El devenir expresivo puede «volcarse en otro agenciamiento, otra organización funcional».

¿A qué punto llegamos con estas reflexiones y contrapuntos? A que la sociabilidad es una regla, no la excepción, irradia hacia todas partes. Y lo es en el sentido teatral y verdadero de las apariencias. Despret desarrolla este punto siguiendo al ornitólogo británico James Fisher. Volvemos a encontrar el territorio como atravesado por intenciones espectaculares, como teatro, como magia de las apariencias, magia en el sentido de efectos de simulacros, pero sobre todo de modos de aparecer en «un juego que coopta modos de atención particulares». Así, una de las funciones más importantes del territorio en las aves es el aporte de una periferia, es decir de un límite a través del cual el ave está en relación con un vecino. El territorio permite

mantener juntas dos exigencias conflictivas: la seguridad y una frontera en la que pases cosas. Dice otra vez Thibaut: «dispositivos de entusiasmo». Justamente, porque el territorio solo existe por la territorialización y la desterritorialización, las cuales siempre se experimentan como entradas y salidas.

En este punto, Despret vuelve a apoyarse en Fraser Darling para proponer el territorio como un lugar compuesto, por uno o dos puntos de atención —el nido y el puesto de canto— y la periferia. El término «periferia», subraya, es una dimensión crucial de los territorios: «son siempre adyacentes». Los pájaros eligen un lugar, desde luego, pero lo que eligen fundamentalmente son vecinos. El territorio sería la creación de una vecindad: «Cantar como los vecinos crea comunidad». El hecho de privilegiar en el repertorio un canto semejante al de otro pájaro jugaría un rol de direccionamiento; le indicaría al vecino que efectivamente le dirige a él ese canto concertado.

Y Despret desarrolla. Estos acordes, que traducen una buena vecindad entre los pájaros, dan cuenta de una aventura colectiva exitosa. A partir de aquí, Despret busca movilizar otro término nuevamente musical, el de

«partitura». Los territorios pueden concebirse partituras. Con ello, se nos abre una indisociable doble dimensión: expresiva y geopolítica, en los términos de Baptiste Morizot. De este modo, las territorialidades sonoras podrán ser concebidas por Despret como el lugar de los buenos modales: «a partir de aquí, algunas cosas no se hacen». La cooperación musical quedaría reservada, entonces, para los dúos de pájaros. Cuando los miembros de una pareja se unen para defender un recurso, es señala las cualidades de un individuo para mantener vínculos entre compañeros.

Por mi parte, considero saludable la inteligencia de Despret para combinar fuentes diversas, incluso diferentes órdenes de la naturaleza, para reafirmar una tesis de fondo: la relación del territorio con la convivencia y la posibilidad de que la convivencia entre diferentes genere un canto polifónico. Y si esto es posible, algo que en su momento también señaló el antropólogo inglés G. Bateson —y que Despret señala a través de la «teoría de las señales honestas»— es, justamente, la necesidad de honestidad en los asuntos vitales; algo que permite el mundo analógico... a diferencia del digital.

Por Fernando Tula Molina
Universidad de Quilmes
Quilmes, Argentina
<https://orcid.org/0009-0003-2150-3424>
ftulamolina@gmail.com